

LIBRO *COMO ESTUDIAR LA BIBLIA* - por Edelmiro Espinoza

CAPITULO 1 - ¿POR QUÉ ESTUDIAR LA BIBLIA?

BOSQUEJO

A. PORQUE ES LA PALABRA DE DIOS

1. Ella misma lo declara
2. La historia lo comprueba
3. Su admirable unidad lo afirma
4. La superioridad de sus enseñanzas lo atestigua.
5. El testimonio de Cristo lo respalda
6. El cumplimiento de las profecías lo prueba

B. PORQUE NOS REVELA LA VOLUNTAD DE DIOS

1. Nos Informa sobre el pasado
2. Nos orienta sobre el futuro
3. Nos ilumina sobre el presente

C. PORQUE CONTIENE EL PLAN DE SALVACIÓN

1. Es Importante
 - a. Para eso fue escrita
 - b. Por la desorientación que existe
 - c. Por ser un requisito para su comprensión
2. Es sencillo
 - a. Reconocerse pecador
 - b. Confesar y arrepentirse
 - c. Creer y recibir

MEDITACIÓN:

Lea los siguientes pasajes y reflexione sobre ellos:

1. Salmo 19
2. Salmo 119:97-112
3. Proverbios 2

¿POR QUÉ ESTUDIAR LA BIBLIA?

1 La Biblia es el libro más importante de la humanidad. De todos los millones de libros escritos en todos los idiomas del mundo, durante la larga historia del ser humano, la Biblia es el libro más antiguo, más leído, y más amado.

Fue el primer libro impreso con tipo movable, por Gutenberg, entre 1450 y 1454. Sus palabras fueron las primeras en transmitirse por las líneas inalámbricas del telégrafo y sus primeros versículos se escucharon desde la luna en la voz del comandante Frank Borman desde la cabina del “Apolo 8”, la Navidad de 1968.

Es la Biblia uno de los libros traducidos a mayor número de idiomas. Ocupa año tras año uno de los primeros lugares en ventas, y en muchos dialectos el alfabeto se ha inventado con el solo propósito de poder traducir a ellos este gran libro.

Un mayor número de libros se han escrito sobre la Biblia que sobre ningún otro libro. Ha servido de inspiración para la creación de cuadros, esculturas, composiciones musicales, poemas, artículos, dramas, más que cualquier otro libro. Ha sido el tema central de más cátedras, sermones, discursos, comentarios, investigaciones, estudios, que todos los demás libros escritos. Su perdurable influencia ha dejado huella en templos, museos, bibliotecas, teatros, calles, parques, y ¡aun hasta en los cementerios!

El mensaje de este singular libro ha logrado traspasar las barreras del tiempo, y su influencia se ha dejado sentir por encima de los obstáculos de nacionalidad, idioma, civilización, cultura, condición social, situación política, raza o clase social. A través de los siglos éste ha sido el libro sometido al más meticuloso escrutinio, al más severo estudio y a la más despiadada crítica, y sin embargo, ha logrado salir airoso de tan exigentes pruebas y permanecido indemne.

La Biblia encierra, además, las más sorprendentes paradojas: es el libro más antiguo, pero a la vez el más vigente; el más profundo, pero a la vez el más sencillo; el más general en su aplicación, pero el más personal; el más increíble, pero el más lógico; el más divino, pero el más humano; el más complejo, pero el más claro; su contenido es el más pesimista, pero a la vez el más optimista; sus acusaciones son las más severas, pero sus ofertas las más amables; sus descripciones son las más crudas, pero sus palabras las más tiernas; sus juicios son los más espantosos, pero sus promesas las más inspiradoras. Sería injusto clasificar este volumen sagrado a la par con el resto de los libros producidos por la humanidad. ¡La Biblia es el clásico de las edades!

Siendo este libro tan maravilloso, se pensaría que todo ser humano estaría entregado ávidamente a su estudio, pero lamentablemente no es así. A la Biblia se le respeta, pero se le ignora; con frecuencia se desconocen sus objetivos, se menosprecia su mensaje, se malentienden sus palabras y se le cita equivocadamente. Se le considera un volumen para la elaboración de sermones y no un libro de texto digno de estudio serio y concienzudo. Si la Biblia es, pues, todo lo que pretende ser, y lo que se ha dicho que es, debe ser entonces el libro más estudiado. Propongámonos entonces seriamente estudiarla con detenimiento y perseverancia. Las siguientes

son algunas de las razones principales porqué se debe estudiar este sagrado libro:

A. PORQUE ES LA PALABRA DE DIOS

La confianza ilimitada que los cristianos depositamos en este libro se debe, ante todo, a las claras evidencias que en él encontramos de que es la palabra misma de Dios. Las Sagradas Escrituras en sí mismas poseen el sello inconfundible del Creador como su autor, y presentan evidencias que ratifican ese criterio. Aun en la historia misma de la humanidad encontramos testimonio elocuente a tan atrevida afirmación.

Ni la saña del paganismo de los Césares romanos, ni la sapiencia de los filósofos helénicos, ni las doctrinas herejes de los primeros siglos del cristianismo, ni los despiadados ataques musulmanes, ni los brillantes cerebros europeos del siglo XIX, ni los científicos y tecnócratas del presente siglo XX, han logrado despojar a la Biblia de su validez para el hombre contemporáneo, o de sus pretensiones de ser el único libro inspirado, infalible e inerrante. Ha sido odiado, perseguido y difamado, pero desafiando a la ira de sus enemigos, ha permanecido inmutable a través de los siglos. Si la Biblia fuera tan sólo el producto de la mente humana, ya hubiera desaparecido y quedado rápidamente olvidada. Pero en contra de repetidos vaticinios sobre su descartamiento y eventual desaparición, permanece insuperable en la belleza de su contenido, la inspiración de sus palabras y la profundidad de sus pensamientos.

Creemos que es la Palabra de Dios también por su admirable unidad interna. Cuando nos detenemos a pensar que este libro se encuentra compuesto por sesenta y seis libros, escritos por aproximadamente cuarenta diferentes autores, los cuales tenían ocupaciones tan diversas como reyes, sacerdotes, políticos, pastores, pescadores, etc., y que fue escrito durante un periodo de cerca de mil seiscientos años, en cuatro diferentes idiomas, en tres distintos continentes, y bajo toda clase de circunstancias favorables y adversas, no podemos menos que maravillarnos de la excepcional unidad de su contenido, su desarrollo lógico, la uniformidad de sus conceptos, y la coherencia de su criterio sobre la verdad.

Además, creemos también en la indisputable superioridad de sus enseñanzas, como evidencia de que es la Palabra de Dios. La Biblia ha permanecido indiscutiblemente como la máxima autoridad, en relación con temas sobre los cuales aun los más ilustres pensadores nunca se han atrevido a disertar. Dentro de sus páginas se encuentra el secreto de la sabiduría; la fórmula para el éxito; los pronósticos sobre el futuro; la descripción del cielo; el secreto de la inmortalidad; el misterio del origen de todas las cosas y la solución a muchos otros enigmas. Con términos certeros y declaraciones autoritativas, la Biblia habla sobre los grandes temas de la vida como el pecado, la eternidad, Dios, el cielo, etc. Su contenido tiene que ver tanto con la aurora de la historia, como con las incertidumbres del futuro, y sobre estos dos horizontes divergentes, la Biblia establece juicios y pronuncia criterios imposibles de contradecir.

Creemos que es la Palabra de Dios también, por el testimonio que Cristo rindió sobre su total inspiración. Él puso en tela de juicio el criterio de los hombres de su época sobre muchas áreas. Se atrevió a contradecir la corriente política, social y aun religiosa de sus tiempos, pero hacia las Sagradas Escrituras sólo mostró el más profundo y reverente de los respetos.

En tiempos de Cristo existían solamente los manuscritos del Antiguo Testamento, y a éstos los judíos los habían catalogado en tres diferentes grupos: La Ley, compuesta por los cinco libros escritos por Moisés, y conocidos también como el Pentateuco, Los Salmos, conteniendo los libros de poemas, himnos y proverbios de Israel; y los Profetas, sección que incluía los manuscritos históricos y proféticos. Cristo reconoció la autoridad divina de cada una de estas partes, así como de total del Antiguo Testamento, y exigió una apegada obediencia a sus preceptos.

En Marcos 7:13, Cristo se refiere a la Ley como “la Palabra de Dios”.¹ En Lucas 24:27,² Cristo coloca a los profetas a la par de la Ley de Moisés, diciendo que “desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”. Y al mismo tiempo otorga a las tres secciones del Antiguo Testamento la misma autoridad. Al referirse a la totalidad de las Escrituras, Cristo declaró: “La Escritura no puede ser quebrantada” (Jn. 10:35). Afirmó también que “hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mt. 5:18).

En adición a lo anterior, Cristo reconoció también la autoridad divina de las Escrituras al respaldar y respetar algunos de los pasajes más controversiales y difíciles del Antiguo Testamento. Por ejemplo, ratificó la historia de Noé y el diluvio (Lc. 17:26-32); la narración de Jonás (Mt. 12:40); los milagros de Elías y Eliseo (Lc. 4:25-27); la historia de Lot y su esposa, así como el juicio sobre la ciudad de Sodoma (Lc. 17:26-32; Mt. 11:21-24).

Si Cristo dio testimonio de que el Antiguo Testamento es la Palabra de Dios, el Nuevo comparte esa misma designación por virtud de ser de manera inconfundible el cumplimiento literal de los tipos y figuras del Antiguo Testamento. ¿Quién puede pasar por alto el paralelismo que existe entre las vidas de Isaac, José o David, y la de Cristo? ¿Quién se atreve a negar la semejanza en la formación y organización del pueblo judío en el Antiguo Testamento, y la iglesia cristiana en el Nuevo? ¿Alguien acaso puede ignorar la multitud de pasajes de las Escrituras judías que encuentran su cumplimiento literal en los actos, dichos y acontecimientos del Nuevo Testamento?

Además, el Nuevo Testamento rinde testimonio sobre la inspiración divina de sus páginas, a través de los cientos de referencias directas a los escritos del Antiguo Testamento. Capítulo tras capítulo, y aun libros enteros, se encuentran saturados con referencias literales al Antiguo Testamento, y basan la estructura de sus doctrinas y apoyan la veracidad de sus declaraciones en la autoridad del Antiguo Testamento.

Por último, debemos admitir que la Biblia es la Palabra de Dios si consideramos el cumplimiento de sus profecías. Algunos de los acontecimientos efectuados durante la época de Cristo y los discípulos, fueron profetizados siglos antes (Miqueas 5:2; Salmo 22; Isaías 53; etc.), siendo admirable la exactitud con que se cumplieron todas estas profecías. Muchas predicciones

¹ Todas las citas de la presente obra son de la versión Reina-Valera, Revisión de 1960.

² Para beneficio de aquellos enteramente ajenos al texto bíblico, aclaramos que en la abreviatura de citas, el primer número se refiere a los capítulos, los números después de los dos puntos a los versículos. Por ejemplo, Génesis 13:8. En los números que se refieren a los versículos, el guión significa la palabra “al” y la coma, la palabra “y”. Por ejemplo, Génesis 13:8-10; Génesis 13:8,9.

de la Biblia sobre los grandes reinos del pasado, como Egipto, Babilonia, Fenicia, Grecia y Roma, se han cumplido ya. Otras profecías relacionadas con el advenimiento, vida, muerte y resurrección de Cristo, la historia de la nación judía, así como las naciones gentiles, también se han verificado y con sorprendente exactitud.

B. PORQUE NOS REVELA LA VOLUNTAD DE DIOS

Consideremos ahora que la Biblia es digna de nuestro más meticuloso estudio y reflexión, debido a que ha probado ser la mejor guía del hombre para discernir la voluntad de Dios para su vida. Cualquier libro que pudiera descubrirnos los misterios sobre el origen y el ocaso de nuestra existencia sería de inapreciable valor y la Biblia es dicho libro. Lamentablemente, muchos la toman tan sólo como un compendio de sermones, o una colección de historias y leyendas arcaicas, y pasan por alto que la Biblia contiene un extraordinario mensaje directo y claro de parte de Dios para cada individuo.

Aun los cristianos, que nos preciamos de atesorar y conocer tan singular volumen, somos con frecuencia culpables de estudiarla poco, leerla desorganizadamente, recurrir a ella en busca tan sólo de pasajes favoritos, o deseando encontrar apoyo a nuestros argumentos doctrinales.

Este libro contiene numerosas narraciones sobre el pasado. Describe incidentes y acontecimientos sobre la vida de individuos, naciones y razas. Marca el cenit o el eclipse de las grandes civilizaciones, y por medio de éstas crónicas y las experiencias de estos pueblos, Dios ha querido enseñarnos su voluntad para nuestras vidas. Es verdad que algunas de las historias bíblicas son denigrantes, bochornosas e inmorales. Por ejemplo, las mentiras de Abraham (Gn. 12:10-20; 20:1-7); La embriaguez de Noé (Gn. 9:18-23); el adulterio y crimen de David (II S. 12:27); las maldiciones de Pedro (Mt. 26:74); o la traición de Judas (Mr. 14:43-46). Pero estos incidentes se narran con el propósito de revelarnos la perversidad del corazón humano y también la forma cómo Dios triunfa sobre el pecado y cumple su propósito en las vidas de los hombres y los pueblos.

Si estudiamos la forma cómo Dios guió a ciertos hombres en la antigüedad, cuando atravesaban por circunstancias adversas – como Josué al ser derrotado por el pueblo de Hai, Samuel ante la desobediencia de Saúl o Jeremías ante la incredulidad de su pueblo –, comprenderemos mejor los caminos misteriosos y la voluntad inescrutable del Creador.

Pero la Biblia es también una guía inmejorable en relación con el futuro. Es posible discernir la voluntad de Dios para nuestro presente, si estudiamos detenidamente sus planes futuros. Los actos de Dios en la historia de la humanidad no son desordenados o irregulares. Siguen el patrón definido de un plan trazado de antemano, el cual se va cumpliendo al pie de la letra con el paso de los siglos. El elemento profético dentro de las Escrituras es abundante. Libros enteros están dedicados a la presentación de los acontecimientos escatológicos. El hecho de que Dios haya empleado tan amplias porciones de su libro para revelarnos sus intervenciones futuras, demuestra que está interesado en que normemos nuestras vidas, de acuerdo con el plan que ha preparado de antemano.

De las numerosas profecías que existen en la Escrituras, un gran número de ellas han sido ya

cumplidas y su realización ha sido tan armónica y exacta, que no debe existir en nosotros sombra de duda sobre el cumplimiento de las que aún están pendientes.

Cristo acentuó la importancia de tomar en cuenta el futuro de nuestra vida y frecuentemente enfocó la atención de sus discípulos sobre ese tema. Les dijo: “Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre...” (Mt. 24:4,5). “Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor” (Mt 24:42). “Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Jn. 15:20), etc. Las orientaciones de la Escritura sobre el futuro son claras y a la luz de ellas, el cristiano puede y debe discernir la voluntad de Dios para su vida hoy.

Pero la utilidad de las Escrituras sería limitada en verdad, si estas hablaran solamente sobre el pasado y futuro. Sus enseñanzas y mensaje poseen extraordinaria vigencia también para el día de hoy. Es esta característica lo que le ha ganado el bien merecido galardón de ser “el libro de las edades”. Su mensaje es tan contemporáneo, que los hombres de todas las latitudes obtienen pertinente iluminación para discernir la voluntad de Dios en el momento actual. Mientras otros libros pierden con el correr de los años su validez, su importancia o su atractivo para la humanidad, la Biblia se mantiene como un volumen perenne. Permanece inmutable ante el paso de los siglos, e imparable ante la evolución de la ciencia, los cambios de las estructuras sociales o el vaivén de las civilizaciones.

Naturalmente, es preciso reconocer que esta formidable vigencia de las Escrituras se debe a que satisface las necesidades del ser humano, cualquiera que sea su raza, condición social, nacionalidad, cultura o idioma. Así, por ejemplo, durante milenios los hombres se han acercado al libro de los salmos para encontrar consuelo en su desesperación y aliento en su tristeza. Otros han buscado sabiduría y sagacidad para sus relaciones humanas, y las han encontrado en los preceptos de Salomón en Proverbios y Eclesiastés. Aun otros anhelan recibir orientación definida sobre sus relaciones con Dios, o el camino de la vida eterna y acuden al libro de Romanos o Efesios o a alguna de las cartas del apóstol Juan.

Tan oportuna es la Biblia en su enseñanza para el día de hoy, que allí encontramos exhortaciones sobre las relaciones conyugales, el trato de los hijos con los padres y viceversa, las relaciones laborales entre siervos y amos, orientaciones sobre el sexo, los deberes del ciudadano y muchos otros aspectos de la ética personal. La instrucción de las Escrituras es tan versátil, y a la vez tan oportuna, que pudiéramos compararla con un instructivo o manual para la vida diaria. Dios ha dado la Biblia al hombre para que la use como una guía en su peregrinaje por el mundo. A Josué, el gran general y estratega israelita, Dios advirtió: “Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino y todo te saldrá bien”. (Jos.1:8). Y Pablo exhortó a Timoteo diciéndole: “Toda la escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (II Ti. 3:16,17)

La Biblia pues, debe constituirse en nuestra guía diaria a fin de conocer la voluntad de Dios para nuestra vida. Todo aquel que busca con sinceridad agradar a Dios y hacer su voluntad, lo logrará por medio de un estudio minucioso y perseverante de las Sagradas Escrituras.

C. PORQUE CONTIENE EL PLAN DE SALVACIÓN

Si las razones anteriores no son lo bastante convincentes para que nos entreguemos al estudio de las Escrituras, ésta lo debe ser. No existe estudio de mayor valor e importancia, ni podemos dedicarnos a una consideración de mayor urgencia y necesidad, que la reflexión sobre la salvación de nuestra alma. Pablo recordó a Timoteo que: “...las Sagradas Escrituras... te pueden hacer *sabio para la salvación por la fe* que es en Cristo Jesús” (II Ti. 3:15). Es en este volumen sagrado donde Dios ha guardado su estrategia para la salvación de todos los hombres a través de Cristo Jesús.

El evangelista Dwight L. Moody narra en su libro “Placer y Beneficio en el Estudio Bíblico” (Pleasure and Profit in Bible Study), de un hombre que atraído por la Biblia, decidió sentarse a leerla durante una hora diariamente. Pasados algunos días, mientras se encontraba leyendo una tarde, interrumpió su lectura y le dijo a su esposa: “Querida, si este libro está diciendo la verdad, entonces nosotros estamos equivocados”. Continuó leyendo y pocos días después, mientras leía, nuevamente interrumpió su lectura para decir: “Querida si este libro está diciendo la verdad entonces estamos perdidos”. Decididamente subyugado por el libro y cada vez más inquieto, continuó leyendo diariamente hasta que en una tercera ocasión comentó: “Querida, si este libro está diciendo la verdad, ¡Entonces podemos ser salvos!” No muchos días después de esto, narra el Sr. Moody, la pareja se convirtió.

En términos generales, pudiéramos decir que esta es la historia de millones de hombres que han encontrado vida eterna en Cristo Jesús por medio de las Escrituras. Con este propósito principal y prominente fueron escritas, y esta es su verdadera razón de ser: guiar al ser humano a la salvación de su alma, proveyendo un plan claro, sencillo y comprensible, a través del cual pueda ser salvo.

La comprensión del plan divino de salvación, tal y como lo encontramos en la Biblia, es también de suprema importancia, considerando la lamentable desorientación que existe en relación con este importantísimo asunto. Cada individuo parece poseer su propia teoría sobre la Salvación. Algunas de estas opiniones se presentan como rivales a las recomendaciones bíblicas, mientras que otras son tergiversaciones y malas interpretaciones del contenido de la Escritura. Durante su época, Cristo tuvo que luchar en contra de este mismo problema, ya que los religiosos de su tiempo torcían el significado de las Escrituras. A ellos Cristo desafió diciendo: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn. 5:39).

En diferentes partes del Nuevo Testamento se advierte a los cristianos en contra de las herejías y falsedades que hombres impíos enseñarían sobre la salvación. En contra de éstos nos previene Pedro diciendo: “...habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado.” (II P. 2:1,2). Para no llegar a ser confundidos, ni caer en el error de dichas herejías, se hace imprescindible un estudio constante y cuidadoso de las Sagradas Escrituras.

Debemos agregar aún que el estudio de la Biblia es tarea ineludible, debido a que la redención de nuestras almas es precisamente el requisito para la comprensión del contenido de las Escrituras. Los hombres desesperan al leer la Biblia, pues les parece encontrar allí una serie de historias superfluas o mensajes desmembrados y confusos, sin valor alguno para el día de hoy. Aun aquellas personas que con una mente sincera se acercan a este libro para admitir sus bellezas literarias, encuentran su contenido insípido. La razón de todo esto es que el hombre, en su condición espiritual natural, muerto en delitos y pecados (Ef. 2:1-3), no puede entender el mensaje de Dios, antes le es locura (I Co. 2:14), y al examinar las escrituras se frustra y claudica en su tarea de entenderlas y estudiarlas.

El único mensaje que la Biblia puede tener para tal hombre, es de condenación, si continúa en su pecado, persiste en su alejamiento de Dios y en su incredulidad hacia el Hijo de Dios; o uno de perdón y redención, si se arrepiente de sus iniquidades y entrega su corazón a Dios. No es raro, entonces, que por tan severo juicio en su contra, el hombre, como regla general, desprecie y trate de ignorar este santo libro. Sucede al ser humano lo que aconteció a los dos turistas, quienes visitando París, entraron al museo de Louvre anhelantes de contemplar el mundialmente famoso cuadro de Leonardo De Vinci llamado “Mona Lisa”. Ambularon por los extensos corredores, subieron y bajaron escaleras, atravesaron enormes salas y pasaron por alto muchas otras joyas de la pintura y la escultura universal. Por fin llegaron al sobrio salón donde se exhibía la gran obra de arte. Allí estaba, luciendo su espectacular belleza. Pero los visitantes se decepcionaron. No parecían estar preparados para llevarse una sorpresa. Era realmente un lienzo pequeño y en su opinión la pintura lucía lúgubre, las líneas monótonas y casi se inclinaban a pensar que era un trabajo mediocre del gran genio.

Deseando estar seguros de que era en realidad el cuadro que ellos habían deseado tanto contemplar, se lo preguntaron a uno de los guardias, a quien a la vez le manifestaron su decepción. El guardia contestó diciendo que a diferencia de todas las demás obras de arte, en este caso no era la pintura la que estaba ante el juicio de los hombres, sino los hombres que eran juzgados por la pintura en el momento de emitir un juicio sobre ella.

Así, la Biblia es el único libro que exige imprescindiblemente un conocimiento personal de su Autor, Cristo Jesús, antes que rinda los tesoros de su contenido y los misterios encerrados en sus páginas. La forma de establecer esa relación personal y directa con Cristo, es lo que se ha llamado el Plan de Salvación y consiste en los siguientes pasos:

En primer lugar, un reconocimiento de que somos pecadores, y que no está a nuestro alcance salvarnos nosotros mismos o hacer algo para obtener el perdón de nuestras culpas. Ningunas obras meritorias, por sacrificiales, numerosas o sinceras que sean, pueden expiar nuestra culpa ni librarnos de la ira de Dios (Ef. 5:6). La salvación del alma es por la fe y no por obras de justicia que nosotros hayamos hecho (Tit. 3:5); “no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef.2:8,9).

Segundo, es preciso que el pecador confiese abiertamente sus pecados y se arrepienta genuinamente de ellos (Mr. 1:15; Hch. 2:38; 3:19). No es suficiente saberse pecador o reconocerse merecedor del castigo divino; es necesario confesar a Dios nuestras maldades y apartarnos de nuestras iniquidades (Is. 55:6,7).

En tercer lugar, la salvación ocurre en nuestra alma cuando creemos con el corazón, que Jesucristo murió en la cruz del Gólgota en nuestro lugar y resucitó de entre los muertos. Al creer ciegamente, aun sin poseer evidencias presentes y tangibles, recibiremos de Él el perdón de los pecados y la vida eterna que ha prometido a todos los que en Él confían (Ro. 10:9,10; Jn. 3:16; Hch. 4:12; 16:30,31). En el momento de depositar nuestra fe y confianza en Jesucristo como la única solución para nuestro pecado y muerte espiritual, el Espíritu Santo derrama la gracia de Dios sobre nuestro corazón y nos da la vida eterna (Jn. 1:11-13; 3:17-18). Resta tan solo agradecer a Dios esa salvación recibida, la cual nos transforma en nuevas criaturas e hijos de Dios.

El no haber experimentado personalmente este sencillo y gratuito plan de salvación, nos incapacita irremediamente para comprender las Escrituras. No existe libro, ni método, ni fórmula especial, que nos capacite para estudiar exitosamente la Biblia y obtener de ella toda la sabiduría y beneficio deseados, a menos que hayamos primeramente establecido una relación filial con Dios, por medio de los méritos de Cristo su Hijo tal y como se ha descrito.

El Dr. Roberto Moffat, destacado misionero escocés al África, contaba de un nativo que acudió a él muy preocupado. ¡Su perro se había comido dos páginas de la Biblia en Bechuana! Explicó que era testigo de la manera como ese libro extraño echaba a perder a los guerreros de la tribu. Antes de oír de él, eran valientes e invencibles para la guerra, pero después de leer sus enseñanzas durante algunos meses, se volvían mansos y no les interesaba pelear. La inquietud de este amigo del misionero residía en que su perro era un buen cazador y temía que esas páginas lo amansaran y lo inutilizaran para la caza.

¡Qué elocuente testimonio al poder transformador de la Palabra de Dios! Existe en ella más poder para cambiar el corazón del hombre que todos los libros que llenan las bibliotecas del mundo. Los demás libros ensanchan el conocimiento, cultivan el intelecto, elevan el espíritu, instruyen y educan, pero solamente la Biblia transforma el corazón.

Amigo lector, no prosigas en la lectura de este libro si no has abierto tu corazón a Dios. Todo tu estudio será en vano. Cree en Cristo y el estudio de las Sagradas Escrituras te será de inspiración, edificación y provecho.

EXPLORACIÓN:

1. Formule una lista de todos los libros de la Biblia con sus respectivos autores.
2. Explique la opinión de Cristo sobre las Escrituras, basándose en los siguientes pasajes: Mt. 22:34-40; 24:35-39; Mr. 7:5-13; Lc. 4:1-12.
3. Escriba tres lecciones espirituales derivadas del adulterio y crimen cometidos por David (II S. 11:12-27).
4. Haga una lista conteniendo tres pasajes en cada evangelio y en el Libro de los Hechos, donde se cite al Antiguo Testamento.
5. Localice cinco profecías del Antiguo Testamento que se hayan cumplido en la época de Cristo.

APLICACIÓN:

1. Anote las diversas formas como usted practica su reverencia y lealtad hacia la Palabra de Dios, incluyendo el número de horas a la semana que dedica a su estudio.
2. Formule una lista de algunas áreas de su vida donde necesita que la Biblia le revele la voluntad de Dios.
3. Repase los tres puntos del Plan de Salvación y lleve a cabo los que le hagan falta.

EXAMEN:

1. ¿De qué manera comprueba la historia que la Biblia es la Palabra de Dios?
2. ¿En qué consiste la unidad interna de las Escrituras?
3. ¿En qué sentido es la Biblia un libro vigente que nos pueda orientar en el presente?
4. ¿Con qué propósito fueron escritas las Escrituras y cuál es su verdadera razón de ser?
5. ¿Cuáles son los tres pasos que comprende el Plan de Salvación?